

Alberto Fuguet

AEROPUERTOS

(UNA NOVELA DE NO-LUGARES)

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

AEROPUERTOS
(UNA NOVELA DE NO-LUGARES)


colección andanzas

ALBERTO FUGUET
AEROPUERTOS
(UNA NOVELA DE NO-LUGARES)

TUSQUETS
EDITORES

1ª edición en esta colección: mayo de 2025

© Alberto Fuguet, 2010

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Imagen de portada: María Jesús Contreras

Reservados todos los derechos de esta edición para
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

ISBN: 978-956-6368-37-3

RPI: 196.301

Impresión y encuadernación: CyC Impresores Ltda.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Personajes principales

Álvaro Celis Fernández

Fecha nacimiento: 7 de marzo, 1976

Ciudad: Santiago

CI: 13.873.571-0

Francisca Infante Gallo

Fecha nacimiento: 9 de octubre, 1976

Ciudad: Santiago

CI: 14.934.532-4

Pablo Celis Infante

Fecha nacimiento: 21 de mayo, 1993

Ciudad: Santiago

CI: 19.637.856-2

24 de septiembre, 1992

—No hay cielos así en Chile, Fran —le dice Álvaro—. Cielos tan intensos; puta, cacha esa luz, esas nubes, esos colores. Yo pensé que Cancún iba a ser todo falso, plano, hecho por el hombre. Mi mamá me dijo que esto era una mierda, puro pavimento, un negociado, onda Las Vegas con mar, todo yanqui, nada maya, todo planeado porque esto antes no existía, se fundó para ganar plata, para atrapar turistas, pero mira, mira ese cielo, mira ese espectáculo de la naturaleza: es rosado-rojo-fucsia-morado-granate-azul. Es pura intensidad. ¿Le entras? La sombra de Tepeu, Fran, los mismos colores de ese huipil que te compré a la entrada de Tulum. Mira, mira, pronto se evaporará, se va a ir, como nosotros. No quiero partir, no quiero irme. Esto ha sido increíble, ¿no crees? Yucatán tiene otro pulso, otro color, otro calor. Puta, otro olor. Yo ya estoy caliente de nuevo. ¿Tú?

—¿Fumaste algo?

—Mota, chingón. Órale.

—No hables como mexicano —le responde seca Francisca—. No te sale.

—No mames, güey.
—No soy güey, huevón. Soy mina. Y chilena.
—Muy chilena. Cierto.
—¿Qué significa eso?
—Siempre pensando, siempre tratando de mantener el control.

No hay control. La vida fluye.

—Fluyen las huevadas que dices, Álvaro. Ándate a comprar un café. No vas a subir al avión así.

—El vuelo está atrasado. Tormenta eléctrica. Aún ni llega. Aterrizaron en Belice, creo. Puta, yo quiero vivir un tiempo, un año, no sé, allá. Vivir con los garífuna, todo easy...

—Madura.

—Madurar es vivir experiencias nuevas.

—No es eso.

—Lo es y este viaje me cambió. Ahora entiendo: entiendo todo. Castaneda tenía razón. Conecté. No quiero volver y cagarnos de frío y respirar el aire tóxico de Santiago.

—Tú eres de allá. Somos de allá: es lo que nos corresponde, lo que nos toca.

—Uno es lo que quiere ser si se atreve.

—Deja de hablar como dios maya. Eres un mal alumno de un colegio de Providencia.

—Pero me puedo potenciar: tengo otros dentro de mí. Puedo ser lo que quiera ser. La otra noche el mezcal te puso wild. No te importó la arena.

—No me acuerdo.

—Yo me acuerdo y sé que te acuerdas. Te puedo mostrar las mordidas en mi cuerpo. Lo pasamos padrísimo.

—Cállate. Eso fue privado.

—Privado pero rico. Y real.

Álvaro coloca sus pies arriba de su desgastada mochila que aún tiene logos de su época de scout y eso hace que Francisca sonría sin que él se dé cuenta. Álvaro está con unas sandalias de henequén yucateco que le compró a unos artesanos italianos hippies en la terminal marítima de Playa del Carmen. Francisca mira los pies de Álvaro: despellejados por el sol, las uñas gruesas y amarillentas, los rastros de sal y arena entre los dedos.

—¿Te metiste al mar antes de partir?

—Obvio. Aprovechar hasta el final: así los recuerdos duran más. Creo que en mi vida anterior fui un marlin azul de Cozumel. Según Brian, de más que fui porque no me gusta que me atrapen. Y porque tienen el medio pico. Modestamente.

—¿Brian?

—Putá, mi mejor amigo nuevo. ¿De dónde crees que saqué la mota?

—¿No quieres que te atrapen? Interesante confesión.

—¿Quién quiere? Tú crees que esos peces... puta, esas bestias, ¿quieren ser atrapados? Son los peces que más dan la pelea. No son hueas; saben que si los atrapan, los matan.

Francisca deja su bolso-cartera de paja entre los pliegues de su vestido blanco de algodón que le prestó su hermana mayor. Revisa una vez más su pasaporte y el ticket de embarque. Mira hacia el exterior. En efecto, el cielo está rosado y la noche va cayendo rápido.

—Así que ahora eres una mina.

—¿Cómo?

—Que recién me dijiste que no te tratara de huevón porque eras una mina. Raro. Nunca antes me habías dicho que te veías a ti misma como una mina porque yo a veces —puta, parece que esta mota está muy chida, la neta— me gustaría que fueras más como un huevón, ¿cachái? Que fuera más fácil estar contigo, conversar contigo, que fueras más como un amigo.

—Explícate, por fa.

—Tú siempre has sido una chica, Francisca. No una mina. Una chica, una chica bien, una niña. Desde antes de que me gustaras, desde cuando te odiaba y me caías mal; desde, puta, desde siglos antes de que me imaginara que alguien como tú podría siquiera fijarse en alguien como yo.

—Si no eres tan feo y lo sabes. Tienes tus encantos.

—Pero no soy Roque, ¿tú cachái? No soy el tipo de mino que una chica como tú... tú sabes. O sea...

—Sigue. Yo tampoco sé qué es esto. ¿Qué somos?

—Siempre me has dicho que encontrabas que era como de roto referirse a las mujeres como minas. O a las chicas como «la». La Francisca, la Cecilia, la Emilia, la Ignacia. Es una huevá muy chilena.

—Entendiste todo mal. Encuentro rota a la gente que justamente trata de no hablar como hablamos. Nadie puede decir «estuve con Francisca», «almorcé con Emilia». Nadie. Excepto la miss Espinoza.

—Lo que sea, ¿pero tú me cachái?

—No realmente, Álvaro.

—Pero me elegiste, eso es lo que importa.

—No realmente, Álvaro.

—¿No?

—Lo único que te puedo decir es que hay ocasiones en que una chica tiene que ser mina para sus cosas. Tiene que tener huevos. Eso es cierto. Tiene que saber qué hacer incluso cuando no sabe. Una tiene que ser bien hombrecito a veces.

Álvaro se levanta y mete su mano en un bolsillo de su jean roto que pareciera no tener fin. Extrae unos arrugados pesos mexicanos.

—¿Quieres algo, güerita?

—Paso.

—¿Segura?

—Segura.

—I'll be back.

Álvaro se aleja por el inmenso aeropuerto, bajo las luces fluorescentes escondidas en un techo que asemejan olas caribeñas, caminando entre viejitos de tercera edad con shorts, un ruidoso grupo de dentistas latinoamericanos que regresan de un congreso y cientos de estudiantes de colleges americanos con sus zapatillas Reebok quemadas por el sol, que duermen en el suelo y leen biografías de Rigoberta Menchú. El resto de los dos cursos descansan y conversan y escuchan sus walkman cerca de la puerta de embarque. El avión, se fija, aún no llega. Tendrán para rato. Roque Arismendi, con una polera negra de The Cure y un peinado muy *Edward Scissorhands*, está con su libreta con tapas recubiertas de cuero, dibujando lo que ve por la ventana. Ella intenta ver lo que él observa. Mira todos los aviones esperando, solos, lejos del terminal, cerca de la pista, en filas, iluminados por la luna que ha aparecido.

Francisca se toca el vientre.

—¿Quieres?

—Paso.

—Prueba. Son chidos.

—De verdad no quiero.

Álvaro mastica un trozo de coco bañado en limón y salpicado con polvos de chile.

—¿No pica?

—Pica un poco. Esa es la gracia: la mezcla de sabores. El dulce lechoso con lo ácido y con lo picante.

Álvaro saca otro trozo de coco del vaso de plástico transparente.

—¿Cerveza? —le pregunta Álvaro mientras sorbe una cerveza Dos Equis.

—No, gracias.

Álvaro le pasa un papel que saca de su billetera.

—Esto lo recorté de la Zona; estaba pensando en ti cuando lo leí.

Publicaron todas las letras porque igual es como difícil cacharlas y escribirlas.

Francisca lo lee:

Come as you are,
as you were
as I want you to be
as a friend,
as a friend,
as an old enemy
take your time,
hurry up
the choice is yours,
don't be late
take a rest as a friend...

—No entiendo, ¿qué me quieres decir? ¿Esto lo escribiste tú?

—No, pero es como si lo hubiera escrito. Lo que a uno le gusta mucho es como de uno. Me representa.

—¿Te parece poético? ¿Bonito? Como un viejo enemigo...

—Cobain es un genio.

—No sé quién es ni me importa.

—No te creo: todo el mundo sabe quién es Cobain.

—No lo sé.

—Putas, no tenemos tanto en común.

—En efecto.

—Putas... Mal.

—Mira, Álvaro, si sigues así no vas a llegar lejos. No vas a llegar lejos conmigo. No me gusta que te abras tanto, que la gente se abra tanto. La gente se arrepiente después. Mejor

calla y toma café, insisto. Ya has tomado mucha cerveza y te pones tonto.

—Te confieso mis cosas y ¿así me respondes? No mames, Fran. Te apuesto que soy más romántico que Roque. Quizás menos inteligente o culto o depre o darky, pero más romántico y creo que con mejor gusto; al menos, estéticos y musicales que es lo que importa. A poco que Roque es de esos que no se abre tanto.

—Eso es cierto.

—¿Crees que me odia? ¿Que me tiene celos?

—Roque se odia a sí mismo.

—Pero me odia porque ahora tú y yo...

—Terminamos bien. Somos amigos. Él entiende. Le duele, seguro, pero entiende.

—Nadie termina bien. Me odia pero nada, no es tema. El tema somos nosotros. No es mi culpa que cayeras rendida por mí.

Francisca lo mira y ve a un chico: un chico alto con mucho pelo sucio color miel que aún no sabe qué hacer con su altura. Un chico con cejas quizás más gruesas de lo necesario y ojos oscuros que pueden ser claros si se miran mucho. Un chico con unos pelos en la barba que se niega a afeitarse y una piel sin una gota de acné color caramelo gentileza de los diez días de sol en Cancún. Trata de entender qué le sucede dentro, qué piensa realmente, qué pasaría si él supiera lo que ella sabe. Se fija en cómo se mueve su manzana de Adán a medida que traga la cerveza. No le parece feo pero sabe que no es ni de cerca el indicado. ¿Existe alguien que realmente sea el indicado?

—Soy tan, tan, tan, tan, tan, tan, pero tan romántico que si de verdad me mostrara, si de verdad sintiera todo lo que puedo sentir, si de verdad me expresara, el mundo estallaría o yo me vendría abajo de emoción. Yo creo que te asusto, güey, y eso te atrae. Roque era más como tu hermano, como el padre que se te fue.

—Dios, para. Ubícate. Hay límites.

—Acá no ha habido muchos y lo sabes —y le muestra sus dientes que ahora brillan más blancos por el contraste con su bronceado.

—Mira, sabes que me haces reír, pero no nos pasemos de los límites de la decencia.

—¿Te hago reír?

—Mucho. Pero no eres romántico. Caliente, cómico, loquillo, pero no romántico. Cualquier cosa menos romántico o brillante.

—El amor, Francisca, el amor. Tú me pones romántico. Te regalaría todos los chiles nogados y todas las botellas de mezcal del mundo.

—Gracias.

—Todos los nopales, todos los aguas de Jamaica, todo los moles del mundo. Bésame.

—No. No aquí. Estamos en un lugar público.

—Todo el colegio sabe que estamos...

—¿Que estamos...? ¿Estamos dónde? Estamos en el aeropuerto de Cancún con todo el resto de los terceros medios.

—Estamos juntos, estamos enamorados...

—Hemos andado juntos poco. ¿Tú no entiendes realmente lo que pasó?

—Sé lo que pasó y lo que está pasando y lo que va a pasar.

—Lo dudo.

—Estás densa.

—No he dormido casi nada.

—Estamos hechos el uno para el otro. Eso está claro. Se nota. Todos lo notan. Luis Miguel nos hace sentir cosas. Puta, fumé mucha mota y me tomé cuatro —bueno, cinco— Dos Equis pero ya se me está yendo, ya pasó, ahora soy más yo. Lo que importa es que, bueno, tú sabes: te quiero. Te amo. Te idolatro, pendeja. Me siento mejor contigo. No sé, me siento la raja, padrísimo. Eres increíble.

Eres, lejos, la más bonita, la más rica, la que mejor me ha chupado el pico en la vida.

—¿Estás demente?

—Quizás. Demente de amor. *Crazy little thing called love...* Nunca —nunca— se me había mezclado la calentura con el corazón. No sabes cómo me tienes.

—Puedo ver cómo te tengo. Qué básicos son ustedes.

—¿Roque no es básico?

—Bastante menos.

—Nos está mirando. Siento sus celos. Salgamos afuera y me la chupas. ¿Sí? Cada día lo haces mejor. No es hueveo. ¿Te había dicho eso?

—Cuidadito, huevón. ¿Que crees que soy qué?

—¿Qué vas a ser? La mejor mina del mundo. Eso creo que eres. Y estás conmigo, me elegiste a mí, gané yo. Y no es un insulto, te juro, si no tiene nada de malo. Es natural. Es una forma de afecto, no es una cosa degenerada, si eso ya lo sabes. Antes como que te daba como asco, que no, que

hasta por ahí, no tanto, pero ahora, acá, no sé, Francisca, aparte de estar muy rica, cada día más bella, linda, pura, inteligente, capaz, también estás más guarra, más cachonda, más desinhibida, más perra. Tú sabes que yo estaría todo el día comiéndote, lamiéndote, haciéndote acabar. Si pudiera sacaría un posgrado en eso: es lo único que me interesa. De verdad. Puta, me tienes duro, de hierro, de piedra volcánica. Te quiero comer toda, con chipotle y sal. ¿Qué hacemos? No aguanto llegar a Santiago, Fran; sé buena. Tenemos que celebrar nuestra atracción, nuestra química, nuestro amor, ahora. Ahorita.

—Cállate. Córtala. Basta con la cosa oral, por favor. Crece.

—Perdón.

—Putas, putas la hora en que me metí contigo. Además, no podemos salir afuera. Estamos en tránsito. No estamos en ninguna parte. Ya salimos de México y no estamos aún en ningún sitio.

—Perdona, me desubiqué.

—Eres un desubicado. ¿Sabes lo que eso significa? Que no sabes dónde estás parado. Que no te ubicas. Siempre estás a flote. Crees que estás en un lugar pero no estás.

—Estoy aquí, contigo. En tránsito, sin movernos.

—Sólo quiero partir y llegar.

—Tú eres la única que me entiende. Me entiendes mejor que yo. Me quieres más que yo.

—Es imposible que alguien te quiera más que tú.

—Pero me quieres. Lo sé. Se te nota.

—Algo.

—¿Algo?

—Sí, algo. Más de lo que debería.

—¿No me amas?

—Cambiamos de tema. Lo hemos pasado bien. Lo he pasado bien. Y eso se paga, lo entiendo bien, todo se paga.

—Todos nos miran, todos nos envidian, todos saben que esto es mucho más que un pololeo nuevo.

—¿Qué es entonces? Yo pensé que no era ni eso.

—Putita, cuesta ponerle nombre a lo que uno siente. Siento que... Puta, siento. Siento ene. Siento cosas. Cuando pienso en ti es como si sonara la mejor canción, la que más me caga. Es mucho más que gustarme. Ni siquiera necesito tirar contigo para cachar que estamos juntos, que estoy dentro de ti, que estás conmigo. Que nunca me harías daño.

—¿Ahora lees poesía?

—Casémonos. Me casaría contigo. Nunca le había pedido matrimonio a nadie.

—Por suerte. Tienes dieciséis años, Álvaro. Uno no se casa a esta edad.

—Entonces quedémonos acá. Podría ser pescador. Podríamos vivir todo el día en el agua. Podríamos tener hijos que corrieran desnudos, libres, quemados por el sol, que fueran campeones de buceo a los cuatro años. Te amo. Harto. Mucho. Me siento drogado, curado, me tomaría litros de tu saliva todo el día.

—Álvaro, búscate un café. Mira, ahí venden. No hables de niños corriendo por la arena. ¿Dónde trabajarías? ¿En Xcaret de guía? ¿De buzo? Lo dudo.

—Esa es la diferencia entre tú y yo.

—¿Cuál?

—Que yo no dudo y tú lo piensas y analizas todo y lo das vuelta hasta que es otra cosa.

—Por suerte. Gracias. Yo he estado enamorada antes, sé lo que es. Se nota que es tu primera vez.

—Perdí la virginidad a los catorce con la Maca Núñez.

—¿Y...? ¿Debo admirarte más por eso?

—...

—Tráeme un café. Igual creo que puedo tomar café. Anda. Y sí, claro que dudo, claro que analizo las opciones. ¿Se puede hacer otra cosa?